

## **RECONSTRUCCIONES METODOLÓGICAS Y / O METODOLOGÍAS A POSTERIORI**

METHODOLOGICAL RECONSTRUCTIONS AND / OR METHODOLOGIES A POSTERIORI

**María Eugenia Borsani**

Universidad Nacional del Comahue

[borsanime@ceapedi.com.ar](mailto:borsanime@ceapedi.com.ar)

### **Resumen**

¿Es compatible una investigación cuya línea epistémico-política sea la perspectiva decolonial con las canónicas metodologías de investigación? ¿Es posible decolonizar la metodología? ¿No es acaso indispensable? Inquietudes de este tenor dan origen a este escrito. El mismo recorre algunos planteos referidos a los inconvenientes metodológicos que se presentan en el marco de investigaciones decoloniales.

### **Abstract**

Is compatible with canonical methodologies a research whose epistemic-political line is the decolonial perspective? Methodology may be decolonized? Is it perhaps necessary? Some of these concerns give rise to this paper. It runs some proposals related to the methodological problems that arise in the context of decolonial research.

**Palabras clave:** reconstrucciones metodológicas, decolonialidad, cinismo epistémico

**Key words:** methodological reconstructions, decoloniality, epistemic cynisims

“Es bueno recordar constantemente el hecho de que es posible escapar de la ciencia tal como hoy la conocemos, y que podemos construir un mundo en el que no juegue ningún papel. (Me aventuro a sugerir que tal mundo sería más agradable de contemplar, tanto material como intelectualmente, que el mundo en que vivimos hoy)” (Feyerabend, 1987: 134).

## Tiempos de crisis y preguntas metodológicas

Podría sostenerse que las preocupaciones metodológicas emergen en tiempos en que nos vemos sumidos en profundas crisis de sentido en las que se hace menester encontrar un buen rumbo para direccionar el conocimiento del mejor modo y en pos de hallar respuestas óptimas. Parece tener algo que ver con lo ocurrido sobre la segunda mitad del siglo pasado en el escenario europeo respecto del surgimiento de la hermenéutica filosófica y el cuestionamiento de ésta en relación al protagonismo adjudicado a las cuestiones metodológicas en tiempos de crisis del humanismo, si cabe denominarla de alguna manera.

Sin duda en ese escenario hubo una fortísima respuesta crítica al imperio metodológico y de ello vaya si se ha dejado huella en los planteos de Paul Feyerabend en *Contra el método*, que si bien fuera cuestionado por muchos fanáticos de la objetividad, la verdad y neutralidad de la ciencia moderna, fue muy bien recibido por parte de quienes lejos estaban de abonar tales consideraciones.

*Verdad y Método*, fue el título del señero libro de Hans - Georg Gadamer, el que había inicialmente sido intitulado por el autor *Comprender y Acontecer*, al momento de entregarlo a la imprenta en el año 1959. Finalmente fue cambiado por criterios más editoriales que estrictamente filosóficos. Más allá de que “método” aparece en su título, la hermenéutica no es un tratamiento que ubica en la centralidad de su propuesta el problema del método. Por el contrario, una de las operaciones nodales del planteo de Gadamer –referente insoslayable de la hermenéutica contemporánea y testigo privilegiado del derrotero de la filosofía de todo el Siglo XX–<sup>1</sup> es llevar a cabo un corrimiento de la importancia atribuida a las cuestiones de orden metodológico y pensar una suerte de, si no

reparación, sí rehabilitación de la tradición romántica, la que hubo de quedar sofocada y opacada por imperio de la ciencia moderna, sus obsesiones metodológicas y su avasallamiento a todo tipo de saber que no aplicara a lo por ella prescripto. El autor ha sostenido en diversos lugares que el punto de partida de su hermenéutica fue justamente la crítica al metodologismo imperante a mediados del siglo próximo pasado, “al metodologismo de la era de la teoría del conocimiento” (Gadamer, 1992: 320).

Luis Enrique de Santiago Guervós, prestigioso intelectual malagueño, conoedor como pocos de la obra de Gadamer, sostiene respecto de esta perspectiva hermenéutica que ella es “un claro testimonio y un catalizador del estado de crisis en que se encuentra el pensamiento actual” (1987: 6). Gadamer escribe en un momento de indisimulable crisis que impacta al interior de las humanidades y las ciencias sociales; contexto que afecta a la intelectualidad toda radicada en el corazón de la Europa de mediados del siglo XX.

En las primeras páginas de *Verdad y Método*, Gadamer indica claramente que no propone ni una metodología ni una prescriptiva del comprender. Expresa -enfatiéndolo en cursiva en el texto original, lo que no resulta un dato menor- que:

“[L]a hermenéutica que aquí se desarrolla no es tanto una metodología de las ciencias del espíritu cuanto el intento de lograr acuerdo sobre lo que son en verdad tales ciencias más allá de su autoconciencia metodológica, y sobre lo que las vincula con toda nuestra experiencia del mundo” (Gadamer, 1991: 25)

Se ha mantenido por tiempo una especie de solapamiento o bien de confusión entre el concepto de método y el de comprensión, como si éste último fuera el instrumento metodológico propio de la hermenéutica. La hermenéutica no pretende presentar un protocolo metodológico ni se posiciona como superadora de otras metodologías de las ciencias sociales y las *humaniora* en general.

El alcance del concepto de *Verstehen* es infinitamente más amplio, abarcativo y trascendente que la idea de método. Dicho de otro modo, lo

experiencial de la comprensión hace que sea el fenómeno de la comprensión absolutamente irreductible al método científico, dado que lo trasciende absolutamente. La hermenéutica, o para ser más preciso, la neo-hermenéutica filosófica contemporánea toma distancia de la hermenéutica tradicional. En este sentido, el autor señala que mientras la primera ponía el acento en el desarrollo metodológico, no ocurre lo mismo con la hermenéutica filosófica, la que no procuró posicionarse nunca como doctrina metodológica (Gadamer, 1998).

Por qué esta introducción referida a la hermenéutica siendo que no es el tema que nos inquieta. Pues bien, es que en la propuesta de la hermenéutica filosófica se advirtió una esperanzadora proposición que nos alejaba de las agotadoras exigencias metodológicas, dado que nos autorizaba a sostener que no existía algo así como un único método hermenéutico y, de ser correctamente aplicado, todos los métodos posibilitarían, finalmente dar resultados o frutos hermenéuticos, como bien lo sostenía Gadamer. Sin embargo, pese a que el planteo de la neo-hermenéutica fue para muchos un bálsamo frente al embate del cientificismo de mediados del siglo pasado, los debates metodológicos propiciados desde dicha tradición parecen, si no haber ganado la batalla, mantener la misma vitalidad que otrora y nada hace pensar que sea posible obviar el escollo metodológico toda vez que se emprende un trabajo investigativo. Se hace necesario dar cuenta de la metodología a adoptar -con una precisión que se sabe que es imposible de ser cumplida- explicitando el criterio de selección aplicado para optar por tal o cual perspectiva.

### **Tiempos de crisis civilizatoria e inquietudes epocales impostergables**

Hoy también nos encontramos en tiempos de enorme tembladeral de certezas, tiempos de desasosiego, tiempos de crisis raigal de la modernidad (Quijano, 2012), momentos de colapso de occidente para algunos y de crisis civilizatoria para otros.

Edgardo Lander se ha dedicado a estudiar la actual crisis civilizatoria incorporando una profusa e irrefutable información al respecto. En varios de

sus escritos incorpora el tema “tiempo”: es decir, las cuestiones del presente no pueden ser trasladadas a las generaciones futuras para su resolución, precisamente porque lo que está en serio riesgo es la posibilidad misma de existencia de las generaciones futuras, de no detener el demencial curso de los actuales acontecimientos que ponen en vilo la vida misma, al menos la vida de los humanos, sin duda.

“¿Qué implicaciones tendría asumir que nos encontramos en una época histórica decisiva, en un punto de inflexión tal que si no logramos como humanidad en las presentes generaciones detener el avance de estos dispositivos de sistemática destrucción de culturas y de vida, no habría garantía de futuro?

Esta consideración sobre la concepción del tiempo y su disponibilidad se fundamenta en las dos condiciones de nuestra época señaladas arriba. Los cálculos y las proyecciones de los diversos modelos sobre el futuro del planeta pueden variar y estar sujetos a polémicas, pero no queda duda de que los patrones civilizatorios actuales no son sostenibles y que están socavando las condiciones que hacen posible la vida. ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que estos procesos destructivos sean irreversibles? Evidentemente, no es mucho...” (Lander, 2006: 24)

Los textos de Lander tienen un tenor exhortativo dirigido en gran medida a los intelectuales, a quienes advierte sumidos en una especie de sonambulismo que les impide analizar al servicio de quién y para qué conocer, cómo se sostiene actualmente la ciencia y la investigación científica, cuáles las cuestiones impostergables a atender, etc.

En estos días con tales marcas epocales nos vemos involucrados con cuestiones metodológicas que se presentan en términos de inquietud y que reclaman algún tipo de resolución. La misma bien puede consistir en proponer ya un alejamiento de instancias en las cuales nos reconocemos como cínicos intelectuales queriendo acomodarnos a protocolos de investigación, que de antemano, estimamos ajenos a nuestras posibilidades e intereses políticos e intelectuales. No obstante, respondemos obedientemente toda vez que la exigencia institucional así lo reclama y allí es donde nos desenvolvemos con cierta dosis de cinismo. Si nos hacemos eco de lo planteado por Lander, el tiempo de la investigación no puede ser sino aquel que, sin dilaciones, sin aplazamientos, se ocupe de indagar cuáles son las condiciones que hagan

posible que el diagnóstico presentado por el autor no se agudice, y de ser posible, cómo cambiar las actuales condiciones del trabajo investigativo que nos despierte del imperturbable letargo intelectual en el que, según su parecer (con el que coincido) estamos inmersos.

Es sabido que quienes desplegamos nuestra actividad investigativa al interior de las instituciones universitarias, nos vemos periódicamente sometidos a una exigencia ineludible que consiste en exponernos a una estricta evaluación en la que debemos dar cuenta a pie juntillas cuál es la metodología aplicada en nuestras investigaciones. Llegados a ese ítem, en los formularios diseñados según un protocolo que no presenta mayores inconvenientes para las ciencias “duras”, pero que muestra fisuras en las peyorativamente denominadas ciencias “blandas”, los investigadores del ámbito de las ciencias sociales y humanas nos convertimos en acróbatas y malabaristas a la hora de enfrentarnos con dichas planillas. El diseño de las mismas poco o nada tiene que ver con la investigación en Humanidades, con lo que pasa en el proceso investigativo propiamente dicho y lo que nos pasa como investigadores, lo que nos atraviesa vivencialmente en nuestra práctica profesional, mucho menos cuando aquello que nos atraviesa tiene que ver con el dolor y con las urgencias mundanas en las que se nos va la vida.

Es usual ver consignado en la sección de metodología, la presentación del tema a investigar diseccionado en tramos, secuencias, momentos. Sin duda no es un escollo menor cumplir con este requisito, sin el cual, pareciera que no es viable ninguna investigación que se precie de tal, poniéndose en cuestión la rigurosidad misma de aquello que aún no ha comenzado a realizarse, de aquello que aún no ha echado a andar. Esto es, debemos anticipar qué pasos daremos, qué recorrido nos hemos prefijado, cuál es la hoja de ruta diseñada y qué “avances” (palabra poco feliz ya que replica la lógica moderna sostenida en la idea de progresión y acumulación del saber) se espera obtener. Así, con antelación a la actividad investigativa, debemos dar cuenta de cuál será el proceder a adoptar, lo que es lo mismo decir que debemos anticipar, casi con exactitud, cuál será el derrotero a seguir, cuál el modo de abordaje de las

variables tales y cuales, prever las dificultades, etc. Sin duda, esto es una tarea imposible ya que supone no la investigación a encarar propiamente dicha, sino, un relato en registro conjetural, de los que serán a futuro, los resultados obtenidos, *sin haberlos obtenido aún*, lo que vuelve problemático el ítem, puesto que de saber de antemano, escrupulosa y minuciosamente qué cosa procuramos hallar, no nos aventuraríamos en el trabajo exploratorio investigativo, puesto que comportaría claramente un sin sentido dado que contaríamos ya con la cosa sabida.

Por lo dicho, entiendo que es impostergable darnos una discusión sobre qué metodología adoptar (o no adoptar) aquellos que recusamos las metodologías habituales por razones varias. En el caso que nos ocupa, la crítica a los requisitos metodológicos claramente no estriba en el modelo y / o diseño de sus formularios, tampoco por el hecho de desatender éstos ciertas peculiaridades de las ciencias sociales y humanas. No van por allí nuestras discrepancias y en consecuencia, el disgusto con las actuales exigencias en lo que a la metodología respecta. Lo problemático estriba en su condición de colonizada, lo que es lo mismo decir que es el resultado de una imposición colonial en conformidad con los patrones de conocimiento euro-centrados. Dicha imposición responde a una estandarización del saber con pretensión de universalidad y neutralidad, según un reducido universo de problemas que es el que las ciencias sociales y las humanidades modeladas según lo que los patrones occidentales, reconocen como tales. Por ello, nuestra inquietud, disgusto o desasosiego no se sostiene sino en la dimensión colonial de la metodología, en advertir que es un área más de las tantas en las que ha hecho lo suyo la colonialidad del saber y sigue haciéndolo. Es en ese sentido, que interesa explorar planteos que pretenden una acción decolonizante de la metodología. Digo dimensión colonial de la metodología pues ésta se sostiene en ficciones varias, tales como la pretensión de objetividad y el indispensable abstencionismo valorativo del investigador en pos de la neutralidad, soportadas en el encubrimiento deliberado de la corpo-biografía de quien investiga propia



de la geopolítica del conocimiento moderna, que es sobre la que se ha construido nuestra academia tan occidental como colonial.

Interesa entonces pasar revista a diferentes trabajos ocupados en tematizar la metodología decolonial, o mejor dicho, los problemas que vienen suscitándose en el marco del conflictivo vínculo entre decolonialidad y metodología. Cabe decir que los autores de estos trabajos son antropólogos/as, arqueólogos/as. Podrían echarse de menos tematizaciones de este tenor en el campo filosófico, pero es sabido también que la Filosofía es una de las áreas que mayor resistencia presenta a la perspectiva decolonial, desconociendo incluso su alcance filosófico. Sin embargo, es un buen síntoma que los planteos y problemas desborden su propio campo “objetual”, disciplinar, es un excelente síntoma que se nos presenten *Teorías sin disciplinas*, (esto último en alusión directa al título de la compilación de Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta de 1998), desdibujándose los bordes de las áreas del saber, primando los problemas y las teorías sin patrocinio disciplinar.

### **Cinismo epistémico o insubordinación metodológica**

En un sentido lato “método” refiere a camino, curso, o vía; en el sentido que nos ocupa estamos más cerca de la idea de procedimiento. Es muy común advertir una interesante confusión entre metodología de la investigación (que es un análisis teórico acerca del método) y el método propiamente dicho.

Las metodologías tradicionales son producto de “convenciones” epistemológicas, en donde, podría decirse, la comunidad epistémica de referencia remite a ciertos procedimientos metodológicos vinculándolos con inconfundibles patrocinios de fuste: llámesele método arqueológico, genealógico<sup>2</sup>, deconstructivista, etnográfico, de investigación-acción participativa, lectura en reversa, etc. (la lista es extensa y continúa). Es decir, da la impresión que se necesita siempre echar mano a la cobertura de determinada tradición que opera como una suerte de garantía de rigurosidad y sirve a los fines de tener que dar cuenta de cuál es la metodología empleada



en nuestro quehacer investigativo y cuál la tradición y/o escuela que le corresponde como marco teórico y, en consecuencia, quién la persona que se vuelve referente insustituible de la investigación y, entonces, legitime nuestro proceder investigativo.

No obstante, en ocasiones, y en virtud de la complejidad de determinadas problemáticas, ninguna de las metodologías canónicas resultan suficientes, por lo que estamos obligados a llevar a cabo una serie de combinatorias, según sea el caso, o bien, como es lo que propiciamos en este artículo, un corrimiento de la centralidad de la metodología y una recusación crítica de la conformación/construcción de lo canónico, en tanto que tal.

Sin embargo, en los protocolos de investigación rara vez nos explayamos recusando el diseño del mismo, por el contrario, es mucho más habitual de lo que podría pensarse, el hecho de advertir que el cumplimiento de dicho requisito responde más a un formalismo que a un sincero acto de declaración epistémica.

De tal forma, aunque no nos guste reconocernos en dicho espejo, muchas veces incurrimos en actos de cinismo epistémico, como lo expresamos renglones arriba, sacrificando nuestras propias convicciones frente al provecho que tiene el acatamiento del requisito metodológico. No estoy queriendo decir que hay que echar por la borda toda metodología, estoy diciendo que hay casos en los que cumplimos con el requisito a sabiendas que la solicitud misma es un acto generado por los comisarios del saber, a los que nuestra propia investigación recusa dada su inocultable marca colonial. En esas ocasiones, el cumplimiento de la metodología responde más a una exigencia formal que al sinceramiento del proceso investigativo y a lo que nos ocurre en el despliegue de la tarea como investigadores.

Zulma Palermo ha venido abordando el tema referido al rol de las universidades de cara a una mirada decolonial y a la posibilidad de una pedagogía decolonial desplegada al interior de estas casas de “altos” estudios. En “La Universidad Latinoamericana en la encrucijada decolonial” elocuentemente afirma que:

“[la] contradicción entre lo que se dice y lo que se hace se erige como uno de los mayores obstáculos para producir al menos un principio de cambio en los procesos de producción de conocimiento, aún en aquellos actores que tienen más conciencia del nivel de colonialidad intelectual dentro del que realizan su práctica. Se produce entonces una brecha hasta ahora insalvable entre la investigación, regida por paradigmas fuertemente hegemónicos y jerarquizantes, su transposición al aula tanto en el nivel de grado como de posgrado y, ambas, tangencialmente separadas del “mundo” de la gente que deja de ser la destinataria de aquellas prácticas o, en casos excepcionales, a serlo muy indirectamente” (Palermo, 2010: 61)

Aún cuando ciertamente saberse sumido en ese campo de contradicciones no es un grato sentir, es sin embargo, auspicioso en tanto epistémicamente esperanzador. Ese saber de la contradicción se me vuelve condición de posibilidad pues allí se hace patente la conciencia de la colonialidad intelectual y, en consecuencia, orienta hacia el empeño descolonizante, el giro, el desprendimiento.

Por ello, quienes abonamos la perspectiva / proyectiva decolonial, quienes hemos encontrado en ella el espacio de la crítica radical que venía haciendo falta de cara a nuestras realidades y a nuestros pesares y encontrado allí un alcance propositivo, entendemos que, respecto a la metodología, interesa en mayor medida bregar por un corrimiento / desprendimiento en pos de desbaratar el protagonismo que ésta ha venido teniendo en conformidad con los tratamientos encorsetados en protocolos investigativos eurocentrados reglados desde las administraciones hegemónicas del conocimiento, desde las factorías del saber según los primados de la colonialidad del saber. Dicho corrimiento comporta un acto de transgresión epistémica y de insubordinación<sup>3</sup>.

El llamado a *Indisciplinar las ciencias sociales* y las humanidades (esto también en alusión directa al título de un texto, en este caso la compilación a cargo de Catherine Walsh, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez del 2002) es una premisa decolonial que surge desde el entramado latinoamericano en procura de desobedecer el modelo de legitimación del conocimiento según el molde colonial. En ese sentido:

“Indisciplinar significa desatar las fronteras de las ciencias sociales que cercan la producción y distribución del conocimiento, y las ‘regiones ontológicas’ de lo social, lo político y económico. (...) Además, propone

romper con las tendencias modernistas de las ciencias sociales que dividen y distancian el sujeto y el objeto de conocimiento para, así, replantear la relación entre sujeto y estructura” (Walsh, Schiwy y Castro-Gómez, 2002: 13-14)

Es ésa la estela trazada por Walter Mignolo (2010) quien insta a una acción de *Desobediencia epistémica* entendiendo por tal un cambio en el posicionamiento respecto al saber y al mundo, dicho de otro modo, un viraje (vuelco) respecto a qué cosas importan hoy, que coadyuven en la construcción de una razón decolonial, para lo cual es imprescindible una torsión respecto a la concepción de razón y de racionalidad de cuño moderno, en pos de ir ligando, vinculando globalmente diversos empeños descolonizantes que se desprendan, es decir se desvinculen críticamente del horizonte imperial. Según Mignolo:

“El pensamiento crítico fronterizo nos provee de un método para protagonizar el vuelco descolonial, como así también la conexión entre proyectos surgidos de la herida colonial que pueden ahora concebirse y explorarse en la esfera de las diferencias coloniales e imperiales. El pensamiento crítico fronterizo es entonces el método que conecta la pluri-versalidad (diferentes historias coloniales atrapadas en la modernidad imperial) con el proyecto uni-versal de desprendimiento del horizonte imperial...” (2010: 122)

Mignolo habla de método, pero a mi entender, la propuesta se refiere al proceder político-epistémico, dado que no está explicitando en sentido estricto la metodología de investigación a adoptar en una indagación decolonial; no es eso lo que está presentando, sino más bien, el cómo del corrimiento político epistémico que propone dicha perspectiva y en tal sentido, las nuevas genealogías en las cuales inspeccionar y a las cuales recurrir. Ese “cómo” que involucra la dimensión de lo conversacional lo desarrollaremos más adelante a la luz de la indicación que formula respecto a un cambio en los términos de la conversación y no sólo en los contenidos, que no hace sino replicar la colonialidad.

## **Nometodología**

En una línea que no colisiona con lo dicho (dado incluso que el autor cita a Walsh) nos encontramos con “Nometodología payanesa: Notas de metodología indisciplinada”, artículo del arqueólogo Alejandro Haber. El autor indica que la metodología decolonial es un área vacante, instando a que la metodología misma sea sometida a la razón decolonial para, justamente, lograr un trabajo investigativo por fuera del disciplinamiento e institucionalización del conocimiento en la academia euro-centrada. Celebro el planteo de Haber, el que incurre, por momentos en la prosa irónica para desenmascarar la tarea investigativa, reparando no sólo en la “cosa” investigada sino también en el quehacer del investigador/a y en la representación socio-cultural de esta actividad. La investigación indisciplinada o nometodología “[D]escoloniza las armas de la investigación disciplinada. (...) es una conversación situada que peina la disciplina a contrapelo”, inquiriendo por lo no visto, por lo ausente, por lo que queda como huella, por “aquello que sólo aparece al soslayo del protocolo metodológico (Haber, 2011a: 29)”.

Dicho de otro modo, esta nometodología pone en el eje de la escena lo que fuera colocado como nota marginal. Es ese mismo ejercicio el que procuramos hacer con el trabajo mismo de Haber y en esa dirección nos detenemos en dos lugares que podrían ser considerados marginales en un texto pero que tienen una sustantiva densidad. Me refiero al epígrafe que está tomado de Julio Cortázar, significativamente del “*Discurso del no método, método del no discurso, y así vamos*”<sup>4</sup> y a la nota al final del texto n° 9. Es muy ingenioso el ejercicio de intertextualidad practicado por Haber, ubicado como epígrafe que abre al texto. Mientras Descartes se posicionó como un paladín del método, de la rigurosidad intelectual y de las reglas para direccionar el espíritu, Haber, sostenido en la parodia de Cortázar, adopta si se quiere, una actitud también con cierta cuota de ironía del moderno, híper moderno empeño cartesiano. El epígrafe elegido ilustra y condensa de manera estupenda aquello sobre lo que el artículo versa, juego del lenguaje mediante, se desplaza lúdicamente de la negación del método, al método que niega el discurso (sobre el método), y así vamos, en un andar difícil de apresar con antelación.

En la nota nº9 al final del documento (no a pie de página que vuelve más ágil la lectura) Haber reitera el carácter de manifiesto de su escrito y expresa, respecto de las experiencias de investigación y la metodología y retomando el epígrafe, que: “nos arrimamos como podemos, igual que en la vida. En ese sentido, este texto no incluye una propedéutica metodológica porque es un manifiesto contrario a una propedéutica” (Haber, 2011a: 32). Me parece muy gráfico lo que dice, es lo que nos pasa en la investigación, donde nada es tan secuenciado como lo pensamos, nada es tan pautado como lo hemos inicialmente imaginado, nada es prolijo y producto de pasos pre-vistos. Siempre hay una cuota de improvisación, de andares inciertos, de lo sorpresivo, de lo imprevisto, y enhorabuena que así sea, pues es central para que la investigación continúe en un andar impaciente, inquieto.

No se trata entonces de una propedéutica, en el sentido que no es un instructivo inicial ni nada de dicha índole, es un manifiesto donde dejan sentadas las bases de lo que se le presenta como la más férrea convicción respecto a la exigencia de indisciplina metodológica, lo que pone también en tensión el propio campo disciplinar, el que se constituyó según los primados de la ciencia moderna occidental, de conformidad con los criterios de legitimación del conocimiento científico y compartimentación del mismo en áreas.

Podría pensarse que el hecho de darle carácter de manifiesto a su planteo no metodológico produce una suerte de blindaje habida cuenta de su carácter, valga la reiteración, de manifiesto. Entiendo que es un hábil ejercicio el que hace Haber al sentar las bases de lo que estima ha de ser una acción de insubordinación metodológica.

Como cierre de este apartado, dice Haber:

“Indisciplinar la metodología consiste en indisciplinarla de sus supuestos: la relación de objetivación/subjetivación, la linealidad temporal de la secuencia de producción, la distribución topológica del conocimiento teórico y del mundo, y la autonomía práctica del conocimiento respecto de las relaciones social/vitales” (2011a: 17).

Es decir, la indisciplina o insubordinación puede ser entendida como una suerte de inversión de la modalidad que de ordinario se establece en la práctica investigativa, es decir, no ser ya quienes vamos hacia “la realidad” a efectos de llevar a cabo una acción de indagación, sino, ser permeables a lo que va apareciendo a medida que nos permitimos ser interpelados por aquello que ha sido preconfigurado como problema investigativo. Esto no es poca cosa, pues pone en cuestión los primados epistémicos modernos respecto de un “arriba del saber” y un “abajo de mundo”. Basta hacer referencia al modo en que nos referimos a las universidades como “casas de altos estudios”, pues el conocimiento está arriba, respecto al mundo ordinario. La insubordinación también afecta a esta metáfora espacial, pues el lugar donde se aloja la sabiduría, los conocimientos, los saberes, o como los llamemos, no es en los claustros que consuetudinariamente le han dado la espalda al mundo, sino en el mundo o, mejor dicho, en los mundos. Así, se torna incluso digno de ser tematizado el modo en que dicha preconfiguración del problema de investigación nos sale al cruce en este abrimos a la interpelación.

### **Metodología y aporía**

Seguidamente una referencia del año 2011, en ocasión de los periódicos encuentros que realizamos desde el Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad –CEAPEDI– de la Universidad Nacional del Comahue. En dicha ocasión Sebastián Garbe, joven antropólogo procedente de la Universidad de Viena, presentó un trabajo dando cuenta de las muy diversas dificultades que encontraba en su propio campo de estudio cuando debía dar cuenta de la metodología desde una perspectiva decolonial. A la hora del intercambio expresé que tal inquietud nos sume en una instancia que, como poco, podemos denominar aporética. Es decir, estamos frente a una aporía al procurar dar cuenta de lo metodológico en clave decolonial precisamente porque las imposiciones metodológicas responden a una exigencia investigativa y a una determinada concepción del conocimiento

que es aquella misma que la decolonialidad recusa. La idea de aporía fue recogida por Garbe en la publicación “Aporías metodológicas del giro decolonial” (2012: 217) donde explicó la dimensión aporética toda vez que intentamos hacer conciliar las metodologías tradicionales con la decolonialidad.

Breve pero sustantivamente el autor despliega en la parte final del trabajo tres puntos en pos de descolonizaciones metodológicas, que como antropólogo le interesan: el primero referido al concepto de cultura y puntualmente a la distinción entre diferencia cultural y diferencia colonial, abonando claramente esta última opción; el segundo, adhiriendo al planteo de pensamiento fronterizo de Mignolo, propiciar una metodología otra que realmente logre cambiar no los contenidos de la conversación sino los términos de la misma. Esto ha sido muy citado y sigo afirmando el potencial subversivo que comporta, pues lo que se subvierte es el “cómo” de la conversación, a saber: Mignolo está diciendo -vamos a hablar en otros términos, esto es, no ya desde el paradigma etno-centrado en donde hay un espacio para aquello diseñado como alteridad, otredad, expulsados morales, políticos y epistémicos, sino en un espacio que construido en tanto frontera, los términos de la conversación nos vuelvan a todos en idénticas condiciones, habitando todos ese espacio fronterizo y sin jerarquías epistémicas ni de ninguna índole, en pos de aquello que la interculturalidad crítica, de manos de Catherine Walsh viene propugnando: simetría epistémica, desjerarquización de los conocimientos, sin por ello invisibilizar las prácticas de dominio, opresión, que han operado desde la imposición de los patrones europeos a esta parte, esto es, con la mostración de la diferencia colonial.

Esto último merece una digresión: en los últimos años lo intercultural ha venido a adjetivar una enorme cantidad de ámbitos que, en definitiva, menudo favor le hacen a la misma, desdibujando su potencial crítico disruptivo. Walsh plantea claramente que mientras esto ocurre, seguimos instalados en una matriz colonial que piensa la interculturalidad como mera fusión y / o hibridez, distorsionando así el corrimiento crítico que lo intercultural implica respecto de la visión hegemónica. Así lo expresa:



“La interculturalidad no puede ser reducida a una simple mezcla, fusión o combinación híbrida de elementos, tradiciones, características o prácticas culturalmente distintas. Tampoco debe ser entendida como una forma de intervención del mejor de dos o más posibles mundos o reducida a enunciados como “sociedad intercultural”, “educación intercultural”, “democracia intercultural”, “Estado intercultural”, que, en general, tan sólo sugieren la diversidad existente. Representa, por el contrario, procesos dinámicos y de doble o múltiple dirección, repletos de creación y de tensión y siempre en construcción; procesos enraizados en las brechas culturales reales y actuales...” (Walsh, 2009: 47)

Ahora bien, podría el lector preguntarse qué vínculo guarda esta práctica adjetivante o cómo incide en las cuestiones metodológicas. Cabría entonces decir que de nada serviría adjetivar ahora de intercultural a la metodología, y seguir en ese infinito y desafortunado derrotero de múltiples adjetivaciones que caen en saco roto ya que no se sostienen en una genuina *praxis* intercultural, que no es algo dado sino una práctica político-epistémica que se construye en su hacer y no con antelación a su ejercicio. Así, una mera enunciación de lo intercultural claro que para nada resultaría suficiente para salir del brete en el que nos encontramos que es, justamente, poner en tensión lo metodológico en clave decolonial. Sostiene Garbe con elocuencia que “[n]o hace falta un antropólogo u otro intelectual para relatar las luchas descolonizadoras de los sectores subalternizados e interpretarlas como metodologías!” (2012: 227).

Finalmente, el autor propone tematizar la universidad como ámbito que se ha pensado cómo único y privilegiado espacio de producción de saberes, y recuperando la transdisciplinariedad y la transculturalidad como cuestiones importantes a atender y que hacen a lo metodológico. Me parece importante que esto aparezca en uno de esos tres puntos indicados por Garbe puesto que nos permite vincularlo con la idea de conversación planteada por Haber, aún cuando este último no esté entre sus recorridos bibliográficos.

Respecto a la importancia de la conversación en otras condiciones, se expone Haber en “Arqueología, fronteira e indisciplina”, allí sostiene que:

“La recapitulación de la colonialidad tiene poco que ver con las intenciones políticas o éticas de los individuos que hacen arqueología. Incluso cuando se busca un diálogo horizontal, ese diálogo ya está enmarcado en un particular lenguaje (un juego de lenguaje) que se supone es el lenguaje

natural que describe el mundo (la posición hegemónica). Socavar el lugar hegemónico desde el cual la arqueología disciplina las relaciones con el pasado y sus restos implica escuchar y aprender de las relaciones subalternas al pasado y sus restos, mudar el domicilio de la escritura, y desarrollar posiciones para indisciplinar a la arqueología de su metafísica disciplinaria” (2011b: 9).

Juego del lenguaje, relaciones dialógicas, primacía de lo comunicacional, de lo conversacional y la tertulia han sido tópicos abordados por filosofías hermenéuticas desde mediados del siglo pasado (H.G. Gadamer, J. Habermas, R. Rorty) y no resultan planteos novedosos en el marco de dicha perspectiva. En tal sentido, la hermenéutica podría presentársenos como un interesante recurso metodológico en tanto se tuviera plena conciencia que la acción interpretativa debe orbitar en torno al factor colonial, es decir, que todo acto y desempeño de intelección de mundos ha de reparar en el despliegue de la colonialidad, cuestión no contemplada por las hermenéuticas intra-europeas euro-centradas y sus correspondientes propuestas metodológicas con pretensión universal. Cambia cuán prolífica puede resultar la práctica conversacional si dicha actividad pivotea en torno a la colonialidad.

Cabe decir que Haber habla de lo que ocurre en la arqueología, pero lo planteado por el autor excede el campo estrictamente disciplinar, cuestión que es digna de celebrar y puede servir para pensar también posibilidades otras para las ciencias sociales y humanas también moldeadas por la colonialidad y cultivadas a la sombra del cobijo epistémico de occidente, que es lo mismo decir, diseñadas según la matriz colonial de poder (Mignolo). Posibilidades otras que contribuyan incluso a desdibujar los límites disciplinares, volviéndolos difusos, como lo señaláramos párrafos arriba.

Retomo el carácter aporético de lo metodológico en clave decolonial. Ello no ha de ser entendido aquí como una situación de cierta coyuntura epistémica, es decir, que hoy, habida cuenta de la reciente data de la decolonial, aún no se ha consolidado una metodología afín a esta perspectiva como si las metodologías fueran una suerte de menú a la carta a diseñar conforme a cual sea el “objeto” investigativo. O expresado de otra forma: aparecida la decolonialidad en nuestro horizonte teórico, requerimos de manera

urgente conformar una metodología acorde a los primados conceptuales de la teoría. No se trata de ello, si por aporía se entiende paradoja irresoluble, problema sin solución, o instancia a la que le es inherente su carácter problemático y controversial, no puede sino, entrados en territorio decolonial presentárenos la exacerbación de lo metodológico en tanto aporético, precisamente porque responde a un formato del conocimiento que es eurocéntrico por excelencia y se nos vuelve si no incompatible, sí imperioso la búsqueda o bien de metodologías otras o bien de corrimientos a la burocratización del saber que nos obliga a las acciones de cinismo epistémico, como referimos más arriba. Me interesa sobremanera el planteo de Garbe en términos de aporías, que si bien, no se trata de una exploración acabada (ni puede serlo por su carácter aporético justamente), remite más a un problema que tiene tanto de genuina inquietud epistémica, como de autorreferencialidad.

### **Metodología y proximidad**

Por último, una muy breve mención a un escrito sobre metodología decolonial de manos de Julia Suárez Krabbe. La autora es antropóloga, también cruzada por una geo-corpo-bio-política que la lleva de Colombia, su país natal a Dinamarca, en la Roskilde Universitet (a la inversa de Garbe: de Austria a Argentina, en la Universidad de Buenos Aires). Su artículo *“En la realidad. Hacia metodologías de investigación descoloniales”* comienza expresando la violencia ínsita de los supuestos metodológicos de las prácticas antropológicas.

Al igual que los casos indicados anteriormente, reconoce el carácter colonial que le da incluso origen a la propia disciplina e intenta un análisis referido a metodologías decoloniales. Si bien no está planteado en términos de aporía, recorre, si se quiere, preguntas que no son muy diferentes que las que vienen haciéndose Haber y Garbe, anteriormente mencionados. Lo central de su propuesta es romper con la distancia teórica que pareciera ser un baluarte en la actividad investigativa proponiendo, por el contrario, la proximidad metodológica; ésta aparece como criterio que la acerca a una metodología

decolonial. Dicha proximidad procura un aprendizaje en campo que implica, como bien se viene planteando en la decolonialidad, un esfuerzo por desaprender lo aprendido en pos de nuevos saberes e “ir generando nuevas [teorías e ideas de científicidad] con los sujetos con quienes se trabaja” (Suárez Krabbe, 2011:199). En ese sentido, a la idea de proximidad le subyace una crítica respecto de la separación y el distanciamiento sujeto/objeto, dualismo propio de la ciencia moderna, inaugurado con la filosofía cartesiana como horizonte fundacional de la modernidad.

Suárez Krabbe está interesada en perspectivas metodológicas que posibiliten imbricar la investigación con criterios emancipatorios o libertarios, siguiendo en esto a Lewis Gordon, Frantz Fanon, Enrique Dussel y a Orlando Fals Borda entre otros referentes privilegiados en su trabajo.

### **Sin final en mente**

No comienzan estos últimos renglones en forma de cierre, justamente es eso lo que no tenemos en el caso que nos ocupa, felizmente y no como una especie de falla, no hay posibilidad de un único diseño y / o protocolo metodológico cuando de abordajes decoloniales se trata. Y ello es así porque la decolonialidad pone en jaque el legado moderno del conocimiento en el que las metodologías han jugado un rol protagónico y disciplinador, presentándose nos como garantía de conocimiento riguroso o cosa por el estilo.

Sin presentarlo como si acaso se tratara de una invariancia o algo similar, identificamos dos momentos últimos en donde las preguntas por las metodologías, la investigación y el conocimiento aparecen en medio de crisis de distinto orden, pero crisis al fin. La segunda, la de nuestros días, en su carácter de terminal y raigal. A continuación nos orientamos hacia las posibilidades de insubordinación metodológica como posibilidad que contrarresta el cinismo epistémico en que incurrimos en el marco de las actividades investigativas en instancias que exigen estandarizar el conocimiento. Por ello abrevamos en Palermo quien nos devela ese estado de

contradicción entre nuestra reflexión y nuestro quehacer, que si bien se le representa a la autora en tanto escollo para la producción de conocimientos, consideramos no obstante, puede considerarse auspicioso el saber de la contradicción en aras de la insubordinación y/o indisciplina. Seguidamente inspeccionamos distintos abordajes del problema metodológico en clave decolonial: Haber, Garbe y Suárez Krabbe -quienes en mayor o menor medida abrevan en Mignolo, Walsh, Lander, Escobar, y otros referentes de la perspectiva modernidad /colonialidad- todos alcanzados por inquietudes si no idénticas, muy cercanas: poner en tensión la propia praxis investigativa en virtud de su dimensión colonial. Mientras Haber plantea la nometodología, Garbe acentúa la dimensión aporética y Suárez Krabbe propone la cercanía y/o proximidad metodológica en aras de tematizar los criterios de validación del conocimiento en antropología.

Resta entonces reiterar que no hay un protocolo metodológico decolonial, la metodología decolonial es, en tal caso una reconstrucción *a posteriori* de la investigación que sólo puede ser explicitada una vez terminada la investigación.

En ese sentido, aquello que se presente como metodología entendemos que no puede sino ser resultado de un trabajo hermenéutico en retrospectiva, hecho de cara a nuestras inconsistencias y contradicciones con las que nos topamos a diario en la vida investigativa, poniendo el eje de la actividad interpretativa en la dimensión colonial que es justamente la cuestión a considerar en pos del corrimiento / desprendimiento decolonial. Esto es, podemos presentar un minucioso trabajo de reconstrucción de lo actuado, pero no podemos predeterminarlo, no es ello posible si es que queremos salirnos de los protocolos y estandarizaciones del conocimiento. No es ello posible si entendemos que la práctica decolonial, insta, entre otras cosas, a invertir la lógica investigativa, en pos de emparentarnos con las urgencias mundanas y descender del podio de la ciencia tan moderna como colonial.

Es en ese sentido que ha sido elegido el epígrafe que abre estas reflexiones, que si bien no fue gestado en escenario decolonial, sirve a los

efectos de pensar el saber, el conocimiento y las metodologías en clave crítico-disruptiva.

### Referencias bibliográficas

- CASTRO-GÓMEZ, Santiago; MENDIETA, Eduardo (Comps.) (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2009). *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- CORTÁZAR, Julio (1994). *Salvo el crepúsculo*. Madrid: Alfaguara.
- DE SANTIAGO GUERVÓS, Luis Enrique (1987). *Tradición, lenguaje y praxis en la hermenéutica de H.-G. Gadamer*. Málaga: Universidad de Málaga.
- FEYERABEND, Paul K. (1987). *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Barcelona: Ariel.
- GADAMER, Hans-Georg (1991). *Verdad y Método I*, Salamanca: Sígueme.
- GADAMER, Hans-Georg (1992). *Verdad y Método II*, Salamanca: Sígueme.
- GADAMER, Hans-Georg (1998). *El giro hermenéutico*, Madrid: Cátedra.
- GARBE, Sebastián (2012). Aporías metodológicas del giro decolonial. En Martín E. Díaz y Carlos Pescader (Comps.). *Decolonizar el presente: Ensayos críticos desde el sur* (217-230). Roca: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue.
- HABER, Alejandro (2011a). "Nometodología payanesa: Notas de metodología indisciplinada". *Revista de Antropología*, 23, 9-49.
- HABER, Alejandro (2011b). "Arqueología, fronteira e indisciplina". *Revista Habitus*, 9, 5-16.
- LANDER; Edgardo (2006). Tendencias dominantes de nuestra época ¿Se nos agota el tiempo? Versión parcial de la Conferencia en la *XXII Asamblea General de CLACSO/IV Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales*, Río de Janeiro, 25 de agosto.



MIGNOLO, Walter (2010). *Desobediencia epistémica. Retórica de la Modernidad, Lógica de la Colonialidad y Gramática de la Descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

PALERMO, Zulma (2010). "La universidad en la encrucijada decolonial". *Otros Logos. Revista de Estudios Críticos*, 1, 43-69. Disponible en línea en: <http://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/Revistas/0001/Palermo.pdf> (Consultado el 03/02/2011).

QUIJANO, Aníbal (2012). "Pensamientos y prácticas de(s)/coloniales. 'Bien vivir': entre el 'desarrollo' y la des/colonialidad del poder". *Viento Sur*, 122, 46-56.

SUÁREZ KRABBE, Julia (2011). "En la realidad. Hacia metodologías de investigación descoloniales". *Revista Tabula Rasa*, 14, 183-204. Disponible en línea en: <http://www.redalyc.org/pdf/396/39622094008.pdf> (Consultado el 05/03/2014).

WALSH, Catherine (2009). *Interculturalidad, Estado, Sociedad. Luchas (de) coloniales de nuestra época*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya Yala.

WALSH, Catherine; SCHIWY, Freya; CASTRO-GÓMEZ, Santiago (Eds.) (2002). *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya Yala.

---

## Notas

<sup>1</sup> Gadamer nació en Breslau el 11 de febrero de 1900 y falleció en la alemana ciudad de Heidelberg el 12 de marzo de 2002, a la longeva edad de 102 años.

<sup>2</sup> Santiago Castro-Gómez abona en gran medida la genealogía foucaultiana en tanto apropiado recurso metodológico para los estudios sobre modernidad/colonialidad en el contexto colombiano. Suma a esos aportes los precedentes de Deleuze & Guattari. Aclara que realiza una "investigación *transdisciplinaria*, que no se ocupa tanto de guardar fidelidad a ciertos cánones, sino de apropiarse de ciertos conceptos y métodos para proponer una *analítica de la movilidad* que pueda ofrecer otra mirada fértil sobre la Bogotá de comienzos de siglo XX" (Castro-Gómez, 2009: 19).

<sup>3</sup> Me resulta más acertado hablar de insubordinación que de indisciplina, aunque permitan ser usadas como sinónimo, pareciera ser que cada vez que usamos la palabra disciplina o disciplinamiento -para ser, precisamente, disciplinados con lo estipulado por el



---

protocolo académico- debemos necesariamente citar a Michel Foucault como si acaso fuera el propietario de la palabra, por lo que enhorabuena toda vez que pueda encontrar un sustituto terminológico que me evite dicho cumplido.

<sup>4</sup> Entiendo que es esclarecedor transcribir el epígrafe en su totalidad:

*“Lo mejor: no empezar, arrimarse por donde se pueda. Ninguna cronología, baraja tan mezclada que no vale la pena. Cuando haya fechas al pie, las pondré. O no. Lugares, nombres. O no. De todas maneras vos también decidirás lo que te dé la gana. La vida: hacer dedo, auto-stop, hitchhiking: se da o no se da, igual los libros que las carreteras. Ahí viene uno. ¿Nos lleva, nos deja plantados?”, Julio Cortázar, “Discurso del no método, método del no discurso, y así vamos”.*

Fecha de recepción: 2 de octubre de 2014. Fecha de aceptación: 20 de noviembre de 2014.